

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

15

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



**LA
SOÑADORA**

por
Betty Bronson
y
James Hall
50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Ediciones HUSTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Telefono A 2717

BARCELONA

La Soñadora

Exquisita comedia cinematográfica
de la famosa escritora Elinor Glyn,
interpretada por

BETTY BRONSON y JAMES HALL
entre otros notables y simpáticos
artistas.



Es un film PARAMOUNT

distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

LA SOÑADORA

A manera de prólogo

El corazón de las mujeres es tan grande, tan grande, que caben en él todas las quimeras, por muy atrevidas que éstas sean.

Y es que toda mujer se cree llamada a dominar el mundo... y lo domina, ¡vaya si lo domina!

Si quisieran serme sinceras las que esto leyeren, diríanme que, en efecto, en su mano está la felicidad de muchos hombres que se pierden por sus cualidades a la vista. Una sola palabra bastaría para hacerlos andar de coronilla, pero no la pronunciarán nunca, porque su corazón, aunque muy grande, muy grande,

no admite más que un inquilino que firme contrato de ocupación por toda la vida.

Pero es innegable que por el mismo hecho de haberse admiradas por varios hombres, se creen capaces de revolucionarlo todo, como un caudillo ante la adhesión de sus partidarios.

Y sucede que corre por ahí cada cabeza de chorlino capaz de marear hasta las imágenes que aparecen en actitud benedictina en los cuadros que penden de os muros de los dormitorios de su casa.

Bien está que las nenas de quince a ochenta abriles sueñen, pero no lo está tanto el que en lugar de soñar divaguen.

Pensar que se van a casar con un príncipe es cosa corriente; pues, sin ir más lejos, la Cenicienta lo halló, y guapo, por cierto. Pero no hay tales príncipes sino en las leyendas, y hace mal en aguardar uno de verdad cualquier romántica, ya que, a la larga, cuando le habrá pasado el tiempo de ejercer la terrible influencia que aturde al hombre, se quedará "compuesta y sin intel de romero", que niel es un buen marido para una buena mujer.

Señoritas mías, yo, en nombre de los padres y de los hijos y de los espíritus sanos os digo:

Primero. Que los príncipes están en huelga.

Segundo. Que quien mal anda, mal acaba.

Tercero. Que el verdadero príncipe vuestro es el hombre que condensa en vosotras todas sus ilusiones, todos sus afanes; para quien sois amuleto y premio.

Sofiar demasiado alto conduce, casi siempre, aunque la ambición es un defecto común, a catastróficas caídas, en las que se abolla el corazón.

La moderación es la hermana mayor de la sabiduría.

La que aspira más allá de lo que puede alcanzar su brazo, no busca el alma gemela, sino la satisfacción de su vanidad. Y eso, no siendo amor, merece cuatro palos, por engañarse a sí misma, primero, y después por engañar al prójimo.

¿Me expliqué bien?

Indudablemente, no. ¡Cualquiera se mete a

convencer a las niñas bonitas, como lo sois vosotras, capulitos tempranos, de que no hay príncipes disponibles en nuestros días lejanos de las leyendas, excepción hecha, claro está, de los rusos que vienen hundirse su corona y su prestigio en el río revuelto de un nuevo amanecer.

Y esos, hijitas, son príncipes tristes, que no os convienen.

Argumento de la Película

Siendo inglés todo le parecía superior a Rosalinda Brown.

Los anglosajones eran sus ídolos. Ofender a uno de ellos era sacarla de quicio.

Los hijos de la rubia Albión no tenían, según ella, nada que envidiar a nadie. La perfección habíase aposentado en ellos como en el mejor palacio del mundo.

Sus maneras distinguidas en la mesa, reuniones y paseos, evidenciaban una raza superiorísima.

El hombre que quisiera aprender modales debía copiar de un inglés para no perder el tiempo.

En una palabra, era tal su adoración por todo lo británico, que hasta el agua de su mar, de haberla bebido, le hubiese parecido agradable como, pongamos por caso, una horchata de chufa.

Era una monomaniaca como otra cualquiera. Rosalinda no conocía a Shakespeare más que de nombre, pero le nombraba con entusiasmo sólo porque era inglés.

Y a buen seguro que para su cabecita exaltada los policías londinenses eran tan respetables como el primer almirante de la "escuadra suiza".

Como se ve, la linda rosa, que lo era en verdad Rosalinda, sabía al dedillo la geografía, aunque a veces la confundía con la zoología, por lo que, sin darse cuenta, metía la pata.

Su afición favorita consistía en conversar con sus amiguitos de ambos sexos acerca de todos los países, para terminar haciendo un rimbombante panegírico de Inglaterra.

No había nación que pudiera compararse con Inglaterra.

Ni buscándolo con un microscopio se lograría encontrar en el mundo un rincón tan civilizado como las poderosas islas que miran a la bella Francia por encima de su hombro con marcada conmiseración.

Pero se nos ocurre una pregunta: Si no hu-

hiese sido rica y hubiese tenido deudas, ¿su idolatría por los ingleses no se hubiera trocado en aversión?

—¿Quién sabe!

—¿Está tan de moda la tontería humana!

Aquella noche se daba una fiesta a base de charleston y boleros ingleses en los salones de Rosalinda, es decir, del padre de la niña.

Todo lo mejorcito de Ivor City se hallaba reunido en la velada, predominando el elemento femenino, muy gentilmente representado.

Los pollos cacareaban a sus anchas, y las pollitas, vínuas como pavos reales, no hacían la rueda, por falta de cola, pero se pegaban como con ella a los pullos de su predilección, con vistas a positivos resultados.

Terpsicore y Cupido hacían de las suyas.

Noche de ilusión para la mayoría de las jóvenes parejas; noche de ensueño...

Pero para la señorita de la casa era una noche como otra cualquiera.

Sí, una noche vulgar, y, a aquel paso, más aburrida, por una circunstancia especial, que las otras noches de fiesta.

La razón del aumento de la melancolía de Rosalinda era la mala partida que le había jugado su padre llevándose con él a un joven inglés que estaba por unos días en Ivor City y en cuyo honor se celebraba la fiesta.

Durante uno de los intervalos de la música, dijo a su prima María, muchacha alta como una auténtica inglesa y tímida como una paloma:

—Cuando me dispongo a enseñarle nuestra ciudad a nuestro visitante de Inglaterra, a papá se le ocurre hacerlo él mismo.

—No te impacientes, Rosalinda. Ya verás como no tardan en llegar — contestó María.

—Papá es muy distraído y no me extrañaría que regresase con ese joven inglés a las postrimerías de la reunión, para hacerme quedar en ridículo delante de mis amigas.

—No temas, mujer.

Pero Rosalinda estaba muy nerviosa y miraba con discreción hacia un grupo que formaban varias jovencitas como ella. Estas cuchicheaban entre sí, y Rosalinda, acordándose del adagio "Piensa mal y no errarás", sintió

que las miradas de sus amiguitas le quemaban la sangre.

Sin duda, estaban hablando de ella.

¿Qué decían?

Un dedo de la mano — es un decir — pagaría Rosalinda por saberlo, aunque lo supiera, pues había enterado ya a sus invitados, al principio de la fiesta, de que a ésta asistiría el joven inglés recién llegado a la ciudad.

De pronto, una de sus amiguitas, separándose de las demás, acercóse a Rosalinda y, con acento en que se ocultaba mal la ironía, le preguntó:

—Rosalinda, dime, ¿dónde está ese antiguo inglés?

¿Cómo contestar a esa intencionada interrogación? Se dejaría dominar por los nervios y cometería la torpeza de dejar traslucir su enojo por la tardanza de su padre con el gentil inglés?

¡No! ¡Eso nunca!

Y repuso, con naturalidad:

—El señor Harrington Fitzroy Smith está en la fundición con papá... Los ingleses tie-

nen la costumbre de comenzar las funciones sociales más tarde que nosotros.

La amiguita, que no tenía ni un pelo de tonta, sonrió por lo fino, y fingió darse por satisfecha con la respuesta de Rosalinda.

—Eso debe ser, porque de otro modo...

—Ahora ya no puede tardar... Cada país tiene sus principios...

—Naturalmente...

Continuaron hablando las dos amiguitas de cosas triviales, y Rosalinda hubo de hacer grandes esfuerzos para no revelar su impaciencia.

En tanto, el señor Brown, el autor de la aparición en el mundo de la deliciosa Rosalinda, se hallaba en sus importantes talleres de fundición de hierro y acero de Ivor City en compañía de Harrington Fitzroy Smith.

En aquel momento entregaba a éste su correspondencia, dirigida así:

"Duque de Westborough

Fundición de Hierro y Acero Brown

IVOR CITY

(Pensylvania)"

—Muchas gracias — dijo el duque, disponiéndose a leer la carta recibida.

—Como me indicó que deseaba guardar el



—Ahora ya no puede tardar.

incógnito mandé que trajeran su correspondencia aquí — explicó el señor Brown.

¡Excelente idea! No ha estado mal el poder pasar como un simple Smith por unos días.

—En efecto. La popularidad suele ser siempre un estorbo.

—No lo sabe usted todavía bien, señor Brown.

Leyó el duque la carta, y luego se puso a examinar la operación a que se libraban unos obreros.

Era algo maravilloso, un novísimo procedimiento mecánico que aumentaba la producción a la par que disminuía el costo.

Su viaje de estudios recogía buenos frutos gracias a la experiencia del señor Brown, quien, orgulloso de su obra, dijo al duque:

—Cuando lleguemos a Inglaterra le probaré como este procedimiento puede economizar un millón de dólares anuales a su firma.

—De acuerdo, y agradecido de antemano. Mis socios aplicarán esta innovación sin vacilar.

Rosalinda veía que iba pasando el tiempo sin que su padre ni el inglés dieran señales de vida.

¿Pero es que se proponían burlarse de ella?

No podría seguir esperando sin tener la absoluta seguridad de que iban a llegar; por lo

que decidióse a ponerse en comunicación con su padre, suponiendo que lo pillaría aún en la fábrica.

No había otra solución.

—María, tengo que traer aquí a ese joven... Prefiero morir antes que convertirme en hazmerreír de esos palardos — dijo a su prima.

Y, sin detenerse más a reflexionar, fué al teléfono y llamó a la fundición.

El encargado se puso en el aparato.

—¿Está papá ahí todavía? — inquirió la vanidosa.

—Acabo de verle, señorita, y no creo que se haya marchado.

—Avísele en seguida que le espero en el teléfono para un asunto urgente.

El encargado cumplió el encargo, hallando al señor Brown, que seguía en sus explicaciones al duque, y aquél exclamó, dándose una palmada en la frente:

—¿Qué memoria la mía! Me había olvidado por completo de la fiestecita de mi hija. ¿Cómo debe estar la fiera!

El duque se echó a reír.

—Vamos a ir ahora mismo, ¿no?

—Inmediatamente. No sabe usted a lo que me expongo demorando un minuto más nuestro regreso.

—Su hija le está aguardando en el aparato — repitióle el encargado.

—Dígale que salimos de aquí hace diez minutos.

La noticia de la próxima llegada de su padre con el inglés devolvió la calma al espíritu de Rosalinda.

De nuevo sus amigas murmuraban dirigiéndole miradas, y enorgulida por la comunicación que acababa de recibir, Rosalinda fué a remirarse, y desviando la plática hacia el inglés, les dijo alegremente, midiéndolas a todas con altanería:

—El señor Smith llegará de un momento a otro. Lo presiento. Es la hora de los ingleses, cuya exactitud en el cumplimiento de sus costumbres es proverbial.

—La estamos esperando todas con ansiedad. Debe ser muy elegante, ¿verdad?

—¡Oh! Todo lo distinguido que podáis imaginároslo. Es un perfecto *gentleman*.

—Nos lo presentarás, ¿eh?

—No tengo inconveniente, pero... el señor Smith me suplicó que comprometiese todos los bailes con él.

—Eso no está bien. La señorita de la casa debe sacrificarse un poco por sus invitadas.

—Fué un ruego suyo, amiguitas.

—Un exceso de galantería...

—Cuándo llegue, él decidirá, aunque me figuro que no lograréis hacerle renunciar a su palabra.

—Si es tan simpático como tú dices, no dejará de mostrarse amable con nosotras... a pesar de su palabra.

—No sé... Son tan rectos los ingleses...

—Si tú se lo dices...

—¿Yo? Pero, amiguitas, ¿no comprendéis que podría achacar a deseo de librarme de él el que yo le rogase que bailase con vosotras?

—Pues en último caso se lo pediremos.

—¡Jesús! ¡Qué osadía! ¡Qué pensaría de las mujeres de Ivor City?

Las amigas se complacían en irritarle los nervios hablándole del inglés, y en verdad que Rosalinda tenía que apelar a toda su paciencia para no soltarles algún exabrupto.

¡Qué absurda pretensión la de sus amiguitas de querer bailar con el señor Smith!

Ella no lo consentiría, procurando por todos los medios acorazar al gran caballero.

El señor Brown no tardó en llegar, vestido de smoking, procedente de las habitaciones superiores de la casa, pues entró en ésta por la puerta del jardín, con Smith, que iba a su lado, también de smoking.

Las miradas de las lindas solteras convergieron en el inglés, cuya simpatía y distinción no eran un mito, y, admirada, Rosalinda ade-

lantóse hacia su padre para besarle; consiguiendo así saludar la primera a Smith.

Todo lo inglés le gustaba a la linda rosa una barbaridad, pero desde que vió bien a Smith, esa barbaridad se convertía en dos barbaridades.

¡Por algo era inglés!

Las amiguitas se disponían a acercarse al joven forastero, mas Rosalinda apresuróse, después de cambiar alguna frase amable con el galán, a decirle, como correspondiendo a su simpatía:

—¿Quiere usted bailar conmigo, señor Smith?

—Con mucho gusto, señorita

Y bailaron, fijándose mucho el joven duque en la bella pareja, y ésta distribuyendo sus miradas entre el inglés y sus amiguitas, a quienes parecía decir, muy soberbia:

—¿Qué os parece mi inglés? No tendréis la suerte de bailar con él, os lo aseguro.

Smith había visto durante el día a Rosalinda, pues se hospedaba en su casa, pero no



—¿Quiere usted bailar conmigo, señor Smith?

tuvo tiempo de observar sus encantos como durante el baile.

Había hablado poco con ella y de temas vulgares, mientras que ahora, teniéndola entre sus brazos, al mismo tiempo que aspiraba el tibio perfume que fluía de su gentil personita, leía en el fondo de sus ojos un deseo infinito de ser feliz... de amar... de ser amada...

Por su parte, Rosalinda experimentó la mayor felicidad de su vida mecándose al compás de la danza con Smith, por el doble placer de hacer reír a sus amiguitas y de verse prisionera de un joven tan fino como el británico.

Cuando terminó el baile, las amiguitas rodearon a la pareja, para obligar a Rosalinda a presentarlas una a una.

Y la soñadora no tuvo más remedio que hacerlo, con tan manifiesta alegría por parte de las presentadas como pesar por la de ella misma.

Todas querían hablar con Smith a un tiempo, y el joven, diestro en el manejo de la lixónja, las contentaba hábilmente en general,

ganándose con ello irresistibles sonrisas.

El furor de Rosalinda amenazaba estallar. ¿Se habían propuesto sus antipáticas amigas usarle a Smith?

Impaciente, esperó un nuevo baile, y apenas inició éste la música, la por sus chanzas más peligrosa amiguita de Rosalinda, ofreció su brazo a Smith para que bailase con ella, pero le salió mal la intención, pues aquella, adelantándosele, se alejó hacia la pista, arrastrando casi a su huésped.

La victoria había sido rotunda para Rosalinda, cuya alegría ponía cascabeles en su alba.

Terminado este segundo baile, tras el que vino un ligero descanso, el inglés y la enamorada de todo lo inglés se sentaron, un tanto alejados de los demás invitados, en los últimos peldaños de la escalera de las habitaciones particulares, y mientras tomaban un refresco y unas pastas, así se expresó con Smith la orgullosa Rosalinda:

—Acostumbrado a la sociedad londinense, hallará a las señoritas de Ivor City terriblemente sosas.



*...lela en sus ojos un deseo infinito de ser
felia...*

—Si todas fueran como usted, señorita, esta ciudad no se daría punto de reposo en recibir forasteros...

—Desgraciadamente, amable señor Smith, mis amiguitas no son como yo. En este pueblo no me he sentido nunca en mi elemento. La gente de aquí me parece al coitro de la ordinareiz.

Algunas de las aludidas oyeron las despectivas palabras de la vanidosa y a duras penas contuvieron su indignación.

¡Qué necia era aquella Rosalinda!

Pero prefirieron callar y seguir escuchándola sin perder una sola sílaba de sus declaraciones de grandeza.

Y de un modo u otro le harían pagar sus "püropos", nacidos de su loca ambición.

Smith, dichoso teniendo a su lado a la frágil romántica, la oía embobado.

¡Qué linda, qué lindísima era la niña Brown a pesar de su orgullo!

Rosalinda, confiándose enteramente a él, siguió diciendo:

—Muchas veces he soñado con Inglaterra.

En mis sueños me he visto en la Corte de San Jaime, vestida de blanquísimo armiño y con una corona.

—Eso es muy interesante, señorita, pero...

—Es mi sueño, y algún día lo realizaré.

—¿De modo que usted cree que la Corte inglesa la está esperando?

—Lo que presiento no dejo de realizarlo. Más tarde o más temprano llegará la hora de mi bello despertar.

Se la deseo para lo antes posible.

Smith, extrañado de las tonterías que le había estado contando la muñequita de seda viviente, separóse un momento de ella, para ir en busca de nuevos refrescos, y, aprovechando la corta ausencia de él, las amiguitas de la soñadora se acercaron a ésta y, burlándose despiadadamente de sus absurdas quimeras, inclináronse muy ceremoniosas ante ella y le dijeron, echándose a reír:

—¡Salud, Rosalinda, duquesa de Ivor City!

—¡Necias, más que necias! —replicó la ilusa—. Os figuráis que sois muy listas... y no lo sois nada.

—¡Hija, por Dios! Se más condescendiente con estos tus humildes vasallos.

—¡Id a paseo! ¡Me molestáis!

Smith reapareció, y, respetando su presencia, las amiguitas, a las que acompañaban algunos jóvenes, retiráronse discretamente, para seguir comentando en otra parte la fatuidad de la soñadora.

Smith, verdadero duque por derecho y por merecimientos de su carácter, sentóse nuevamente junto a Rosalinda, pero esta vez en el sofá que abandonaron las amiguitas al marcharse; y, muy interesado por ella, como hombre joven con el corazón libre, le habló que damente:

—Supongo que no hablaría en serio cuando dijo lo de casarse con un duque...

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Por... curiosidad.

—Pues, sí, a ello aspira... Es mi sueño dorado...

—Los sueños no siempre se convierten en realidad, usted ya lo sabe, y es peligroso soñar.

—Hace tiempo que espero... y seguiré esperando.

—¿Toda la vida?

—Siempre, si es preciso, pero mi ilusión no morirá...

—Vamos a ver... Rosalinda... Míreme usted bien... y hablemos sin reservas.

—¿Qué quiere usted decirme?

—Algo que me interesa mucho saber...

—Veamos.

—¿Qué haría si algún señor Smith se enamorase de usted? ¿Le despreciaría?

Rosalinda quedó cortada por la brusca declaración del auténtico duque. Eso era amor a primera vista, algo así como una pasión volcánica. Y, la verdad, Smith era ideal como tipo de marido, pero, fiel a sus ideas de grandeza, reaccionó y repuso, convencida de que no debía apartarse de la senda que se había trazado:

—Sí, le desdefiaría... En el libro de mi destino está escrito que me casaré con un duque, y mi destino tiene que cumplirse.

Smith recibió esta inesperada sorpresa co-

mo una ducha fría en plena fiebre, pues no dudaba haber leído en las miradas de la hermosa criatura que correspondía a la ilusión que él alimentó desde el primer instante que se fijó detenidamente en su clara belleza.

Sin embargo, no se dio por vencido. En su mano estaba el poder hacer pronunciar a Rosalinda el sí que le había pedido hacía un momento, ya que para ello no tenía más que decirle que él era duque, el duque que el destino le reservaba; pero no lo haría, ni mucho menos. Entonces Rosalinda le quería, sin duda, sólo por su título, y él no aceptaría jamás un amor por interés.

Meditaría sobre el novelesco caso. ¡Qué aventura más singular!

Al día siguiente, la "mejor" amiguita de Rosalinda, la que le cantaba las cosas más clarito, leía, con gran regocijo, el siguiente suelto en el periódico del lugar:

"Notas sociales.

La señorita Rosalinda Brown, hija del conocido industrial de esta ciudad, dió anoche

una fiesta en su elegante residencia en honor del industrial Mr. Harrington Fitzroy Smith, durante la cual confió a sus amigas que tenía deseos de casarse con un duque de Inglaterra."

"Las pretensiones de la señorita Brown causaron profunda impresión entre las personas que se hallaban presentes en la fiesta, quienes no titubearon en apodararla "Ritz" como nombre apropiado a sus ilusiones de grandeza."

Inmediatamente después de leída esa nota, la amigueta telefonó a Rosalinda, diciéndole:

—¿Te has enterado de lo que dice el periódico de la fiesta de anoche?

—No, todavía no.

—Pues léelo, queridita! ¡Es muy gracioso!

—Voy a leerlo en seguida. ¡Adiós!

Fuése Rosalinda en busca de su padre, al que encontró en su despacho, y le pidió el periódico.

Ilusionada buscó en las notas de sociedad, y al pasar sus lindos ojos por el mordaz artículo, palideció.

—¡Ah, infames! — rugió.

—¿Qué te pasa? — inquirió el padre, abandonando su trabajo.

—Lee, papá, lee esto.

Y le ofreció el periódico.

—¿Qué te parece? — añadió.

—Eso te pregunto yo a ti. Tú sabrás si hiciste tales declaraciones.

—¡Naturalmente que sí!

—Entonces...

—Mira, papá, no quiero ser el hazmerreír de esos palurdos de Ivor City. Tendrás que llevarme a Inglaterra contigo.

—¡Imposible!

—No hay imposible que valga, papá!

—Pero, ¿es que te has creído de veras que te está esperando un duque para pedir tu mano?

—¡Qué ridículo! Con alguien tienen que casarse esos duques. ¿Por qué no he de ser yo la elegida?

—Pues tú no lo serás, porque yo me opongo a que salgas de Ivor City.

—¡Oh, papá, cómo me tratas!

María, la pacífica prima, había acudido, y se llevó a Rosalinda hacia su cuarto, para calmarla y buscar juntas una solución a aquel



—Tendrás que llevarme a Inglaterra contigo.

problema que tanto afectaba al amor propio de la soñadora.

En aquel instante apareció Smith en el despacho del señor Brown. Había visto desapa-

recer, muy agitada, a Rosalinda, y dijo al padre, que también tenía los nervios en tensión:

—Buenos días, señor Brown. ¿Qué es todo este barullo?

—Tonterías de mi niña, señor Smith, nada más que tonterías. ¡Es tan chiquilla y se cree tan experimentada!

—¡Ha reñido con el novio y quiere que usted consiga las paces?

—¡Si no fuera más que eso! ¡Figúrese que Rosalinda se empeña en que la lleve a Inglaterra, porque se imagina que en su país los duques es mercancía que abunda!

—Ambiciosa es la niña, señor Brown. Si fuese comerciante, hundiría a la competencia.

—Desde luego, me he negado rotundamente a acceder a su capricho de niña mimada. Si me dejase dominar por ella, no se donde iríamos a parar.

—¿Quiere usted saber mi opinión?

—¡Ah! ¿Pero usted cree que se puede opinar de otro modo en este asunto?

—Tal vez el viaje a Inglaterra la curaría de sus ilusiones románticas.

—Eso sería complacerla...

—Sí, pero al final reirá usted el último.

—¿Usted sabía algo ya?

—Sí, lei el periódico y ayer estuve hablando con ella de matrimonio y nobleza. Es un caso muy interesante su hijita, señor Brown.

—¡Peor para quien así piense! Pero, se me ocurre algo... contando con su ayuda. Tengo pensado un medio para quitarle esas tonterías de la cabeza.

—¿Cuál?

—Déle a entender que es usted un duque de veras y trátela lo peor que pueda.

—No es recomendable la idea. Sospecharía, y no querría creerme. ¿Comprende usted?

—Entonces, no veo...

—Lo mejor que podemos hacer es proporcionarle un duque acabadito de pescar.

—¿Y dónde lo pescamos? ¿Es que los duques se improvisan?

—No tal. Pero tengo un amigo, un buen sujeto, Algy Tarkes, que saldrá para Inglaterra en nuestro mismo vapor. Le confiaré el encargo y estoy seguro que cumplirá.

—No está mal. Acepto.

—Avisé usted en seguida a Rosalinda que consiente usted en llevarla a Londres.

—Al momento.

Avisada por un criado, la niña mimada acudió presto a presencia de su padre.

—¿Me llamas, papá?

—Desarruga el ceño, hija mía... He cambiado de opinión.

—¿Qué me dices, papaito?

—Sí, he decidido llevarte conmigo a Inglaterra, para que veas de realizar tu quimera.

—¡Oh, qué buen papá eres!

—Prepara tus cosas y ya puedes avisar al periódico ese que sales para Londres mañana.

—¿Qué gusto!

Rosalinda palmoteaba como una chiquilla, y viendo a su lado a su prima, la presentó a su padre y añadió:

—María, que no se separa nunca de mi lado, como si fuera una hermana mayor, hará

el viaje con nosotros. ¿Verdad que sí, papá?

—Bueno... Nos llevaremos a María.

—¡Eres un santo!

—Preparaos sin tardanza. No vayáis a hacernos perder el vapor.

—Las dejaremos en tierra — Intervino Smith.

—No tema usted, señor Smith. Si es necesario nos vamos ahora mismo al muelle, para esperarles a ustedes. ¡Con las ganas que tengo yo de ir a Londres!

—¡Ah! Se me olvidaba decirte que el señor Smith acaba de decirme que su amigo el duque de Westborough hará el viaje en el mismo vapor que nosotros.

—¿De veras?

—Pregúntaselo al señor Smith.

—Cierto, señorita.

—¡Maravilloso! ¡Qué casualidad! ¿Y qué aspecto tiene el duque, señor Smith?

—Es alto, esbelto, de porte distinguido... un duque de pies a cabeza.

—¿Usa monóculo?

—¿Que si lo usa! Me han contado que nació con el monóculo puesto.

—Entonces, no cabe duda, María, es un duque de verdad.



El amigo de Smith era un bonifacio. Nada más real que era muy alto, pero su delgadez hacía pensar en que lo que le sobraba de estatura le sentaría muy bien en carnes. Era un tipo ideal para farolero.

Pero como era distinguido, podía pasar perfectamente por un duque necesitado de cambio de aires para reponer su salud.

Smith aleccionóle para la interpretación de su nueva personalidad, y el bueno de Algy sudaba tinta china pensando en la comedia que por amistad al verdadero duque debía representar.

Una vez en el camarote del buque ocupado por el falso duque, Smith fué a visitarle para darle las últimas instrucciones.

—¿Cómo van esos ánimos, amigo mío?

—Pésimamente.

—¿Y el monóculo? Recuerda que eso tiene gran importancia para la señorita a quien has de enamorar.

—¡Al diablo con él! Ayer me lo probé y todo lo veía negro... Con decir que cogí una pastilla de menta creyendo que era de chocolate...

—Algy, no te desanimes. Recuerda a Wellington en Waterloo, a Newton en Trafalgar y no olvides que como ellos eres inglés y que no puedes hacerme quedar mal.

—Déjate de historias y haz el favor de devolverme mi palabra de ayudarte en tu aventura amorosa.

—Algy, nada de bromas... Recuerda a Wellington en...

—Sí, hombre, en Trafalgar y a Newton en Waterloo, pero el caso es que yo no sirvo para esos trotes.

—Escúchame bien... Lo que tienes que hacer es sumamente fácil. Fingirás durante ocho días que eres el duque de Westborough, brutal y altanero, y verás como a la chica se le quitan las ganas de ver otro duque en su vida.

—No me parece tan fácil la broma como dices. Tarde o temprano la niña se enterará de que el verdadero duque eres tú.

—No te preocupes. Para entonces es posible que la chica se haya dado cuenta de que la verdadera nobleza está en el carácter y no en un pergamino más o menos apolillado.

—Chico, me parece que yo no voy a saber fingir. Yo no quiero flos. Ya sabes que no hay mortal más tranquilo que yo. Déjame vivir en paz, Smith.

—Algy, recuerda a Wellington en Waterloo.

—¡Quién se acuerda ya de Waterloo!

El señor Brown presentóse en aquel momento ante los dos amigos, y Smith lo presentó a Algy, añadiendo para estimular a éste:

—Algy es el único que puede curar a Rosalinda... Tal vez el procedimiento que emplee le parecerá un poco duro, pero será por su propio bien.

—Confío en usted, señor Algy, y, ya sabe, nada de contemplaciones, que eso es lo que pierde a las mujeres.

—Esté usted tranquilo, señor... Wellington me va a tener envidia.

Pero era lo cierto que Algy pasaba un mal rato pensando en el momento de entrevistarse con Rosalinda.

—Ahora mi hija se está paseando por cubierta y la ocasión es propicia para presentársela.

—No tiene usted más que mandarme, pues aquí yo no soy yo... sino ustedes.

Salieron a cubierta y vieron a Rosalinda hablando con un oriental vestido a la europea, que acababa de ser presentado por el capitán a la encantadora ambiciosa.

—Véala usted — le dijo el padre — Venga, que se la presentaré.

—Perdone... pero es mejor que me la traiga

para que la conozca. Yo no acostumbro ir detrás de las mujeres... Prefiero que ellas vengán detrás de mí.

—En seguida estaremos con usted.

Alejáronse el señor Brown y Smith, para reunirse con Rosalinda y conducirla a presencia del falso duque; y éste fué a sentarse en una dormilona de cubierta, junto a María, que leía tranquilamente un libro a lo Abelardo y Eloísa.

Para disimular su nerviosidad, Algy frotaba con un pañuelo su monóculo, y al calzarse se le cayó repetidas veces, aumentando su desazón.

De pronto, al inclinarse hacia la silla que ocupaba María leyó en la etiqueta lo siguiente:

"Señorita Rosalinda Brown
Silla 14."

—¡Cáspita! ¿Pero no habíamos dicho al padre y el amigo que Rosalinda se paseaba por cubierta?

María, atraída magnéticamente por las miradas que le dirigía Algy, agradablemente impresionado, le miró a su vez, y en seguida, con

gran alivio por parte del falso duque, que no sabía dónde meterse el monóculo, si en su reloj, como cristal protector, o en su bolsillo, todo menos que ponérselo en el ojo, se estableció una viva corriente de simpatía, de la que habían de salir los dos con un resfriado de pronóstico agudo.

Sí, porque María y Algy, tal para cual, se habían enamorado perdidamente apenas se encontraron.

Eran dos almas en pena por el mundo que al fin se reunían para dar al traste con su pena.

Smith tenía razón, mucha razón, al decirle a Algy que lo que tenía que hacer era sumamente fácil.

Pero había la segunda parte, y ésta era la de los malos tratos.

El rompió el silencio, temblando de emoción:

—¿Verdad que está hermoso el día, señorita?

—¡Oh, sí! El día está muy hermoso.

—¿Le gusta a usted viajar?

—Mucho, ¿Y a usted?

—Es mi pasión favorita.

Y hablándose se miraban de un modo... de un modo... ¡y de qué modo!

—Nada, nada, Algy renunciaba a dar malos tratos a aquella mujer!

—¿Quién había de suponer que iba a enamorarse de ella!

Eso no estaba en el plan preconcebido, pero sí en su corazón, y éste era más tirano que todos los inquisidores juntos.

Viendo cerca de él a Smith, Algy separóse bruscamente de María, que lamentó en el alma su partida, y le dijo, renunciando a la farsa:

—Amigo mío, sería una infamia ofender a esa muchacha. Renuncio...

Y le señalaba, apasionado, a María.

Smith se echó a reír y repuso:

—¡No seas idiota, mi querido Algy!., ¿No ves que la muchacha en cuestión no es ésa?

—¡Ah, ya caigo! ¡La muchacha es otra, ya, ya!...

Y tan rápido como vino se fué del lado de Smith, regresando a su silla, vecina de la de

María, a quien dijo, encantado de que ella no fuera la otra:

—Ya veo que no es usted la otra... Perfectamente... ¿Le gusta a usted el té?

—Mucho. ¿Y a usted?

—Es mi debilidad.

Iba a llamar a un camarero, cuando llegaron hasta él su amigo Smith, el señor Brown y Rosalinda.

Smith dijo a Algy, que se atragantó:

—Señor duque, la señorita Brown, tiene muchos deseos de conocerle...

Rosalinda sonreía llena de dicha por conocer un auténtico duque, en tanto que María veía desmoronarse, hundida en su silla, su castillo de ilusiones.

Algy prescindió de calarse el monóculo, para que no se le notase demasiado su turbación en el temblor de su mano, y saludó a Rosalinda con frialdad, deseoso únicamente de seguir galanteando a María.

Pero Rosalinda, sentándose a su lado, le obligó a soportar su impertinente charla:

—Señor duque, es para mí un placer y un

honor conocer a un caballero que nació envuelto en pañales de púrpura.

—Usted me confunde, señorita.

—Como usted compradora, como americana,



...y saludó a Rosalinda con frialdad...

na, soy leal a mi país, pero esto no quita que adore a Inglaterra. Me gusta toda la inglés, hasta la mermelada.

—Sí, sí... Es muy buena la mermelada... la

mermelada, señorita; pero yo prefiero las... las mujeres americanas.

Y miraba a María, cuyo corazón latía desacompañadamente.



Llegó la noche.

Mar tranquilo, cielo estrellado, corazones ilusionados. El diablo se reía...

Smith hablaba con Rosalinda, estudiándola detenidamente.

—¿Le habré causado buena impresión al duque, señor Smith? ¿Qué simpático es el duque! —dijole ella de súbito.

—¿Es simpático... porque es duque?

—Ciertamente.

—Pues no me gustaría encontrarne en el puesto del duque.

En tanto, María y Algy, muy juntitos, soñaban despiertos. Algy leía un libro y se detuvo en el siguiente párrafo:

"Noble el inteligente, también es noble el honrado, noble será el valiente, pero jamás el malvado."

María repitió la frase:

"Noble será el valiente, pero jamás el malvado"...

Y Algy volvió a pronunciarla:

"Noble será el valiente, pero jamás el malvado"...

Si, tenía razón el libro: la nobleza es de los buenos.

Y fué pasando el tiempo en delicioso idilio... hasta que Rosalinda reclamó para sí al falso duque, mareándolo con sus tonterías de ilusa.

Al día siguiente, Algy, apenas levantado, suplicaba a San Pedro que cerrase las puertas del sol; para que, con la complicidad de las sombras, pudiese escapar a la persecución de que era objeto por parte de Rosalinda.

María se levantó pálida y ojerosa, pues había pasado muy mala noche a causa de haberle dicho su prima, de un modo categórico, y sin pensar en el daño que le hacía, que quería

ser la duquesa de Westborough, aunque le costase la vida.

¿Cómo iba ella a enfrentarse con su prima?

Comparado el físico de una y de otra, la diferencia era tan notable que era una insensatez pensar en la lucha.

Además, María, por gratitud a los beneficios recibidos de Rosalinda y su padre, debía ceder el sitio a su prima, aunque destrozara su corazón, que amaba por vez primera.

Aquella mañana Algy no daba pie con bola. Buscando a María se tropezaba a cada paso con Rosalinda y ésta se pegaba materialmente a él, no dejándole ni un minuto de sosiego.

No cabía duda que Wellington en Waterloo se sentía más desahogado que Algy en pleno Atlántico.

Por fin, después de la comida, pudo dar con su adorada, a quien halló melancólica y en completo aislamiento en un saloncito.

— ¡Oh, señorita, señorita! ¡Mil perdones! Toda la mañana he tratado en vano de hablar con usted, por impedírmelo su antipática prima...

María, no pudiendo contener su aflicción, rompió a llorar y contestó en forma que quería ser enérgica:

— Caballero, le suplico que no vuelva a dигirme la palabra.

— Pero, María, yo...

— ¡Haga el favor de retirarse!

María obraba así para favorecer a su prima.

Y Algy, medio loco, fué a reunirse en el café con sus amigos y, para darse calor, dijo a un camarero, apremiante:

— Traiga un whiskey triple con soda... pero sin soda... una copa grande.

— ¿Qué sucede? — preguntóle Smith, sorprendido de que su amigo se diera a las bebidas alcohólicas.

— Tengo la garganta como un papel secante. ¡Esto no es vivir!

— ¿Has visto a Rosalinda esta mañana?

— ¿Que si he visto a Rosalinda? No hace más que perseguirme... No sé cómo quitársela de encima.

— Algy, no huyas de Rosalinda... Trátala

brutalmente... obligala a odiarte, a aborreerte.

—¡Pero si es lo que deseo con más ahinco, demonio!

Para ello había encargado el whiskey. Pero he aquí que cuando confiaba ingerir una dosis de estimulante capaz de hacerle olvidar su timidez, apareció el camarero trayéndole una copita que le cabría perfectamente en una uña.

¡Más whiskey, más! ¡Que le trajesen una botella, y ya verían todos, luego, cómo ponía a Rosalinda!

Volvió la noche, y con ella el momento de obrar Algy a lo bruto con la romántica, para ahuyentar de su cabeza sus peligrosas teorías.

Smith y el señor Brown le daban los últimos consejos.

—Algy, los ojos de Inglaterra te contemplan. Rosalinda está en la cubierta de arriba.

—¡Pues que me espere sentada!

—No debes retroceder en el instante decisivo. Demuéstrale que eres el más brutal de

cuantos salvajes ha habido y hay en el mundo... Pórtate con ella como un salvaje.

—¿Como un salvaje, has dicho? ¿Me autorizan ustedes a ello? Miren que con lo agitado que estoy, soy capaz...

—¡Así, así, Algy! ¡Duro, duro!

—¿Duro?

—Le retuerces el cuello, si es preciso.

—¿Tanto como eso?

—Haga usted lo que se le antoje con ella, para que no vuelva a molestarle como duque.

—Bien, bien... Pero es el caso que no se si sabré retorcerle el pescuezo.

—Eso es fácil, hombre.

—Oye, ¿no podrías ir tú en mi lugar?

—De cobarde nada hay escrito.

—De cobarde a prudente hay mucho trecho.

—No vacile, señor Algy — le aconsejó el señor Brown—. Le aseguro que no irá a la cárcel, aunque la mate.

—¡Caramba!

—Vamos, decídese.

Algy se dió ánimos, pensando en María, por cuyo amor sería capaz de todo — esto

también es un decir — y fué al encuentro de Rosalinda, que le dispensó cordial acogida.

— ¡Oh, duque! ¡Cómo le estaba esperando a usted!

— ¿Me esperaba? Lo siento.

— Sí, ya se que si usted hubiese sabido que yo estaba aquí, hubiera venido en seguida a recitarme algunos de los muchos versos que debe usted saber de memoria.

— ¡Va lo creo! En eso estaba pensando. Es indudable que coincidimos en muchos puntos, señorita.

— Esto es un honor para mí, duque. ¡Ay! ¡Qué felicidad que la comprendan a una! ¿No produce en usted, duque, una sensación de reposo absoluto la luz de la luna?

Algy no pudo aguantarse más. Iba a empezar la tragicomedia en alta mar. ¿Cuál de los dos sería pasto de los tiburones?

— ¡Al contrario! — repuso con ímpetu — ¡La luna agita mi sangre con extrañas emociones!

— ¡Oh!

— Sí. La luz de la luna me convierte en un

monstruo salvaje capaz de cometer todo género de barbaridades.

— ¡Qué emocionante!

— Despierta en mí el instinto de la tribu... Me impulsa a raptarla y llevarla a viva fuerza a mi tienda en el desierto...

— ¿De veras?

— Me dan deseos de estrangularla entre mis brazos... de besarla... ¡Váyase, inocente criatura, antes que cometa un desaguisado!

De buena fe creía Algy que la romántica echaría a correr, pero se quedó helado al sentirse abrazado y oírle decir entusiasmada:

— ¡Cómo me gusta su declaración de amor, duque! Y cuando pienso que soy la futura duquesa de Westborough no sé lo que me pasa.

¡Todo inútil! A aquella ilusa ni un cañón del 42 le vaciaba la cabeza de pajarillos.

Indignado por su fracaso en su papel de salvaje, regresó al lado de sus amigos y les refirió lo sucedido.

— Presento mi dimisión con carácter irrevocable, porque estoy enfermado del fígado.

Le he dicho cosas capaces de aterrorizar a una tigresa... y nada, ella se las ha tomado como una declaración amorosa.

Smith tomó una determinación en consonancia con la gravedad del caso.

—Quiero hablar a esa locuela.

Y fué y le dijo, crudamente:

—Es usted una chiquilla alocada... una "snob".

—¿Cómo se atreve a hablar así a la futura duquesa de Westborough? — respondió, altiva, la soñadora.

—Lo que usted necesita es que le den un par de azotes.

—Me gustaría encontrar un atrevido que osase hacerlo.

—¿A la orden!

Y sin vacilar, Smith, contando con la venia del padre, fué el "atrevido que osó hacerlo".

—¡Oh, cómo le odio! — gritó Rosalinda, después del repiqueteo en su "jazz-band".

—¡Soñadora... locuela... pero adorable!

El señor Brown quemó un puro en honor de Smith, y cuando éste volvió a su lado, le

dijo, abrazándole:

—Hace diez y siete años que trato de revestirme de valor para hacer otro tanto y no lo he conseguido.

—Pues ya ha visto usted si ha sido fácil.

—Lo que me sorprende es que se haya dejado pegar.

Entretanto, Rosalinda, reuniéndose con María, cuya tristeza era infinita, le explicaba lo ocurrido, como una chiquilla necesitada de consuelo, y, al ir a sentarse, lanzó un gemido y quedó en pic, diciendo, doliéndose de la parte dolorida:

—Ha lastimado... mi dignidad. Pero ya verá ese atrevido señor Smith que yo no soy tan niña como él se imagina. Para que se convenza de que no transijo, me casaré con el duque en cuanto lleguemos a Londres.

Y la pobre María vertió nuevas lágrimas de desaliento al oír la venganza que pensaba tomar de Smith su indómita prima.



Una hora antes de desembarcar, Algy se resistía a dejarse convencer a continuar la farsa.

Smith le dijo:

—¿No comprendes que ahora es imposible volver atrás?... Hay que desengañar y desilusionar a Rosalinda.

—Sí, pero a mí quien me interesa es...

—Después de estudiar detenidamente el asunto hemos convenido en que la única solución posible es un matrimonio fingido.

—¿Un matrimonio fingido? ¡Me niego rotundamente! Podría convertirse en un matrimonio de verdad... ¡y adiós, María!

—Hazlo por mí, Algy. Nosotros arreglaremos las cosas de modo que puedas casarte con María.

—No se si lo haré bien... no sé... pero, sea, a condición de que me casaré de verdad con la prima.

—Palabra formal.

—Bueno. Casadme cuando queráis... de broma... con la loca.

Desembarcaron, y en el hotel donde se hospedaron se preparó la ceremonia.

Oficiaría un cura postizo, y Algy, en el momento de la bendición nupcial, sacaría un

papel, preparado al efecto, y que se supondría era un documento de compra del título por el señor Brown, para que su hija fuese duquesa, y diría, al padre, rompiendo dicho documento:

—Quédese usted con su millón. No me casaría con su hija por el doble de esta cantidad.

Para llegar a decidirse a interpretar el final de la farsa, y, sobre todo, para no fluquear ante María, entristecida porque él se casaba con otra, Algy se bebió media botella de whiskey, por lo que se le figuraba estar todavía en alta mar...

Llegó el gran momento, y cuando Rosalinda, dejándose llevar de su ambición, iba a ser la esposa — en apariencia nada más — de Algy, éste, como un gran comediante, recitó su papel.

—¡Basto! digo ¡Basta! Quédese usted, señor papá, con su millón... No me casaría con su hija por dos sillones, digo, por dos millones.

El disgusto de Rosalinda fué inenarrable, y

mayor cuando Smith, apiadado de su dolor, fué a decirle que todo había sido una farsa para quitarle sus fantasías de la cabeza.



Llegó el gran momento...

Exasperada, haciendo erupción el volcán de su orgullo, respondióle la rebelde:

—¿Cómo se atreve usted a tratarme como si fuese una chiquilla? Yo le demostraré que no lo soy. Voy a hacer que se arrepienta de ello.



—¿Cómo se atreve usted a tratarme como si fuese una chiquilla?

—Pero Rosalinda... comprendame usted...

—Retírese de mi presencia. ¡Le aborrezco!

Algy, al ver desaparecer hacia su cuarto a Rosalinda, se acercó a María, a quien, sin noción exacta de lo que decía, a causa del whiskey, manifestó:

—María, hoy soy el más feliz de los mortales. Inglaterra, Irlanda, Escocia, y sobre todo el whiskey escocés, son mis amigos.

—Apártese — le respondió María —. Si él es malo, usted es peor. ¡Les odio a los dos! ¡Váyase!

—¡Pero, reina mía!

María reunióse en la habitación con Rosalinda, y ésta, reaccionando bruscamente, le hizo partícipe de su inquebrantable resolución.

—Ahora verás de lo que soy capaz. A mi lado Madame Du Barry va a resultar un espantapájaros.

—¡Rosalinda, por Dios! Considera que no se trataba más que de una broma... y que debemos perdonarlos. ¿Qué vas a hacer?

—No flores, mujer. Las mujeres que lloran por los hombres son unas tontas. Yo no lora-

ré nunca por ninguno, y menos por ese Smith. Voy a hacer que todo Londres hable de mis hazañas. Ahora mismo iré a un Club, el de peor reputación de la ciudad.

—Déjame que te acompañe.

—No. Tú te quedas con papá, y cuando veas mi apellido arrastrado por el fango del arroyo, díles que ellos son los culpables de mi desgracia.

Y Rosalinda salió disparada hacia el "hall" del hotel. Se detuvo en la administración y preguntó al encargado:

—¿Tiene usted la amabilidad de indicarme el nombre de un Club nocturno de mala reputación?

—Sí, señorita... ¿Cuántas personas desearían ir?

—Yo sola.

—Lo siento mucho, señorita. En ese Club no se admiten señoras si no van acompañadas de un caballero.

En aquel momento, como enviado por el infierno, que se complace en atraerse víctimas, pasó cerca de Rosalinda el pasajero oriental

que le fué presentado a bordo, y le saludo, gozosa de encontrarle allí, sobre todo con tanta oportunidad.

—¿Qué casualidad, señor Hassan! Precisamente estaba descaando encontrar una persona conocida.

—Será para mí un gran honor el acompañarla adonde usted quiera.

—Quiero ir a un Club nocturno muy malo. Es un capricho.

—Yo la complaceré de mil amores, pero es todavía muy temprano. La invito a cenar conmigo en mi palacete.

—Acepto, muy agradecida, señor Hassan.

Partieron del hotel en "auto", y María, que los vió salir, apresuróse, llena de temores, a avisar al señor Brown, a Smith y, en particular, a Algy, a quien dijo, con vistas a la reconciliación:

—Rosalinda se ha marchado con el señor Hassan dispuesta a hacer cualquier barbaridad. Si no la salva, no se lo perdonaré nunca.

Los tres hombres, y María con ellos, se lanzaron a la calle para proteger a la alocada

criatura, y como no la encontraron en ningún restaurante, volvieron al hotel y lograron enterarse de la dirección del palacete del oriental, hacia cuya casa se dirigieron.



—No llores, mujer.

En tanto, Rosalinda, asustada al verse sola ante un hombre al que apenas había tratado, deseaba marcharse, pareciéndole muy misterioso, bajo la influencia del temor, todo lo que la rodeaba.

Hassan era un hombre amigo de las aventuras sin complicaciones, y ante la desazón de Rosalinda comprendió que se trataba de una locuela que podía acarrearle serios disgustos.

Quiso, no obstante, convencerse de ello y le pidió un beso, muy galantemente, por cierto.

Y esto fué lo que hizo relajar el pánico de Rosalinda, quien, blandiendo un hacha que descolgó de una panoplia, le amenazó con hundírsela en la cabeza si avanzaba hacia ella.

En vista de tal actitud de la chiquilla, Hassan llamó a un criado y le encargó fuese a buscar un "auto" para que Rosalinda pudiera regresar inmediatamente al hotel.

Coincidiendo con la salida del criado, entraron en el palacete los que venían en auxilio de Rosalinda, y ésta, para huir sin ser sorprendida, intentó saltar por una ventana, quedando colgada de un hierro saliente.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritó, viéndose perdida.

Y la voz del amor atrajo al amor, personificado en Smith.

La posición de la rebelde era adecuada a

la repetición de los azotes que él le propinó en el barco, pero la lección había sido ya demasiado dura para exagerarla.

Descolgada por Smith, Rosalinda, avergonzada, y calada hasta los huesos, pues llovía, murmuró abrazándose a él, como si la dicha celeste la hubiese librado de malos espíritus:

—Le amo a usted desde el día que me dió dos azotes como a una niña traviesa, pero me dolía... tener que confesar que le amaba...

Y él respondió, con pasión:

—Rosalinda, aunque algo tarde la confesión es oportuna... y para que veas que te amo... ¿quieres ser la duquesa de Westborough?

—¡No quiero casarme con Algy! ¡No quiero!

—No, nena, no. Algy no es duque, sino un buen amigo mío y el novio de tu prima. Yo soy el auténtico duque de Westborough.

—¡Tú!!

Y si María besaba con delirio a Algy, que sería pronto su marido, Rosalinda lo hacía apotósicamente en los labios de Smith.

¡Ahí era nada haber pescado el verdadero amor en un duque!

Fin

GRAN ÉXITO en las selectas
EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

de la extraordinaria producción,
premiada en el Concurso de La Haya,

La Princesa Mártir

por

Lucienne Legrand

Es una maravilla del afamado
REPERTORIO DULCINEA
M. de MIGUEL

52 ilustraciones fotográficas

Artística portada

EXCLUSIVA DE VENTA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

Barbarrá, 16 - BARCELONA

Ferraz, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID

EB.